



LAS CATEDRALES DE ESPAÑA.

Iglesia catedral se llama la que corresponde á una sede episcopal, y se llama así, porque en las primitivas iglesias, donde los sacerdotes se reunían en solemne asamblea, cada uno de ellos tenía su silla, y la del obispo era más elevada que las otras, y se llamaba cátedra.

La forma de la planta de estos templos es generalmente una cruz, debiéndose esto á que en 318, al levantar el Emperador Constantino la gran basílica de San Pedro en Roma, le dió dicha forma para consagrar el recuerdo de la aparición de este signo, que le había dado el triunfo en una gran batalla.

Ejemplos dignos de estudio en este género tenemos en España, debidos muchos de ellos á los musulmanes ó á la influencia que los mismos ejercieron en España. Los artistas andaluces pasaron á Castilla y ejercieron legítima influencia en el arte, levantando iglesias, á las cuales conservaron la plan-

ta de las basílicas; pero decorándolas por el gusto árabe. Desde el siglo XIII el estilo ojival se fué desarrollando, aunque en algunos edificios aparece mezclado con adornos árabes, hasta que poco á poco llegó á su mayor grado de pureza. Así tenemos, por ejemplo, la catedral de Burgos, fundada en 1221, cuya bóveda es del siglo XVI y la fachada y torres del XV. En la catedral de Sevilla, construida de 1401 á 1472, la media naranja es de 1507 y las sacristías de 1522. En Toledo tenemos la catedral (1258 á 1492), en que la fachada es de 1459, la capilla de los Reyes Nuevos de 1374 y la mayor de la época más floreciente. En un mismo siglo, el XIII, se construyeron en Toledo la iglesia de Santa María la Blanca, en estilo árabe y ojival, y la del Cristo de la Luz, en estilo árabe bizantino.

Estas mezclas de estilo fueron dejando sus huellas en el monasterio de las Huelgas de Burgos, las iglesias de

Zamora y Toro, las catedrales de Barcelona y Zaragoza, el monasterio de Poblet y otros muchos templos.

En el presente número damos las

vistas exteriores de las catedrales de Burgos, Tarragona y Toledo, y el claustro principal de la de Barcelona.

X.

CUENTOS INFANTILES.

XXXVII.

—Mi padre es gastador: gastó su herencia,
Vendió su posesion de Andalucía,
Contrajo deudas y pagó intereses,
Que son su perdicion y mi ruina.
Y en fin (con sencillez dice un muchacho
A varios compañeros), yo tendría
Seis mil duros de renta, *si mi padre*
No hubiera entrado nunca en mi familia.

XXXVIII.

—Dios, al repartir sus dones,
No hizo á los hombres iguales;
Y en todo se ven señales
De tan malas particiones.
—Permíteme, si te arguyo:
En todo no, que Dios da
El talento, y nadie está
Descontento con el suyo.

XXXIX.

En un exámen de Historia
Se escuchan estas palabras:
—¿Cuáles son los grandes sitios
Que honran la historia de España?
—Pues... primero el de Aranjuez
Y en seguida el de La Granja.

XL.

El doctor Don Juan Cifuentes,
Famoso en sus desaciertos
Y que cuenta ya por muertos
El número de clientes,
Dejó con imprevisión
Caer un tiesto que regaba
Sobre un pobre que pasaba
Por debajo del balcon.
Matóle, y dijo un poeta
La desgracia comentando:
—El doctor va progresando,
Pues ya mata sin receta.

XLI.

—¡Bribon! ¡Goloso! ¡Arrastra!
Sólo un instante he salido
De la casa y te has comido
Tres trozos de *bacalao*.
Di: ¿qué mereces, indino?
¿Qué mereces que te dé?
—Pues, madre, que me dé usté
Una copita de vino.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA ROSA Y EL CLAVEL.

FÁBULA.

Pues señor; una vez habia encima
de una cómoda de caoba dos hermosos
floreros: en uno de ellos estaba colo-
cada una preciosa rosa, y en el otro un
bonito clavel, existiendo entre ambos
la diferencia de que la rosa era de tra-
po ó papel (en esto no estoy bien se-
guro) y el clavel era natural; pero

tanto la una como el otro eran de los
mejores de su clase.

Pues bien; como de la intimidad
nace la amistad, y á veces el amor,
nuestro clavel, acostumbrado á ver
siempre á la rosa junto á sí, llegó á
enamorarse perdidamente de ella; y
aunque al principio—extraordinaria-

mente tímido—no se atrevió á comunicarla su pasion, despues lo hizo sin obtener la más insignificante contestacion. El clavel no desmayó por eso y volvió al dia siguiente, y al otro, y al otro, y siempre la callada por respuesta... ¿Pero por qué será así?—decia nuestro pobre enamorado.—¿Qué la he hecho yo para que ni siquiera se digne contestarme? ¿La habré ofendido yo en algo? Luégo, dirigiéndose á la rosa, la decia:—¿Pero por qué eres tan cruel conmigo? ¿No merezco siquiera una contestacion? ¿Qué quieres que haga? Manda. Y mientras tanto, ella seguia tan callada como ántes.

En esta terrible situacion pasaron unos dias; nuestro clavel se iba consumiendo por momentos; no podia dominar su pasion y se moria: y en efecto, poco á poco empezó á palidecer, sus hojas se volvieron amarillentas, y empezó á secarse, á secarse, hasta que un dia sus hojas se desprendieron y fueron arrebatadas por el viento, y una criada arrojó á la calle el tallo, que despedia un olor pestilente. Era el resto de un

cadáver en descomposicion; era parte de un sér que murió de amor... y á las dos horas ya nadie se acordaba de él... Y mientras tanto la causa de su muerte seguia como el primer dia; es claro, ¡como que era artificial!...

Y bien—dirá el lector;—¿qué quiere probarse con eso? Sólo que es necesario saberse dominar y no dejarse arrebatar por el entusiasmo, consultar siempre á la razon y dejarse de locuras. Si el clavel se hubiese convencido de que la rosa no podia oirle, ¿hubiese muerto? De ningun modo. Pues en la vida humana se debe hacer lo mismo: mirar y tratar de conocer á quien nos dirigimos para seguir nuestra línea de conducta, porque tambien podemos encontrar personas que no nos puedan escuchar, y es un papel no poco ridiculo el hablar naturalmente á un sordo. ¡Oh! Si se hiciese caso de esto, muchos sucesos desagradables de la vida se remediarian, porque—aunque amargo sea decirlo—en esta vida hay muchos corazones... *artificiales*.

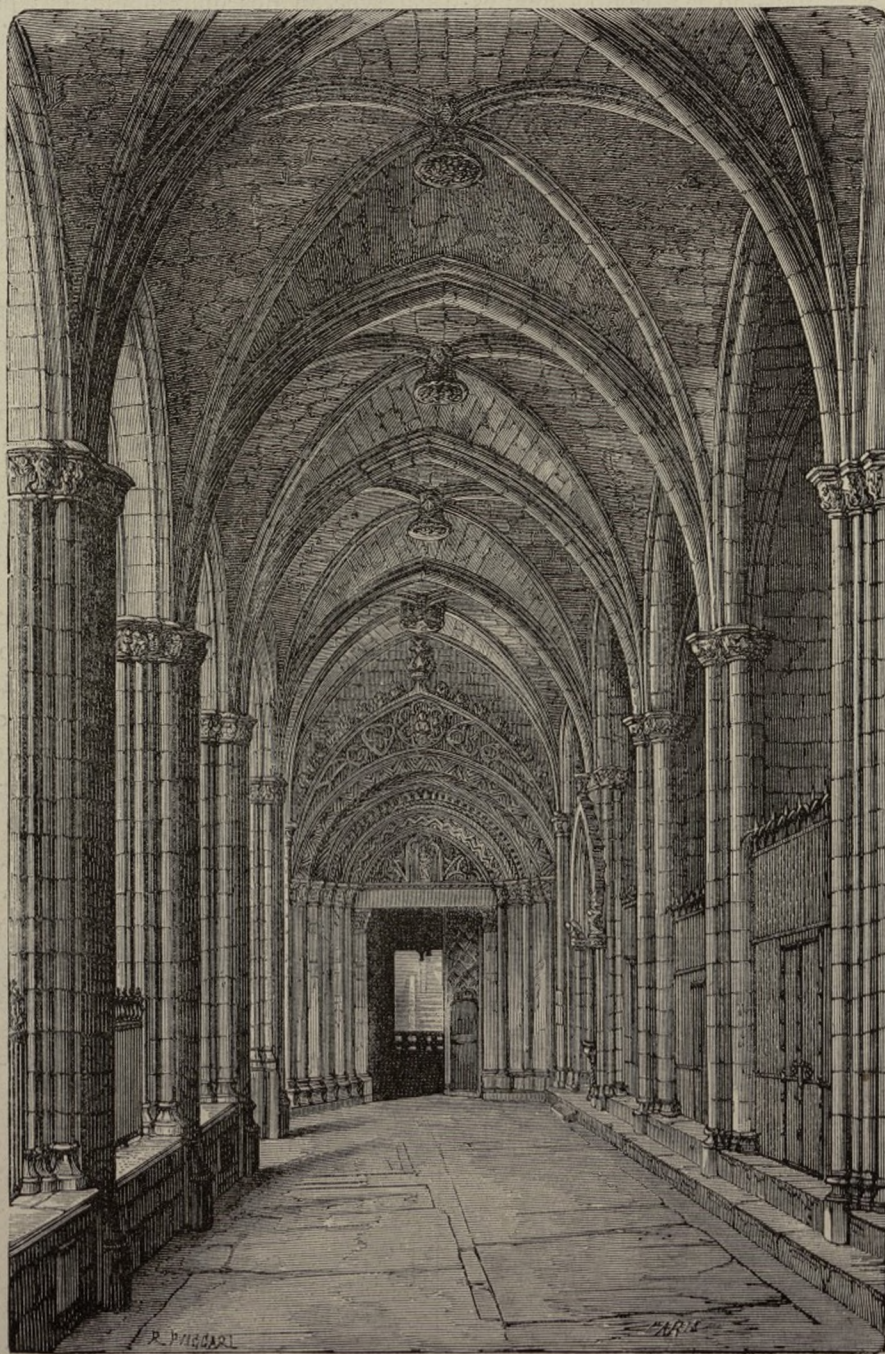
A. VALLESPINOSA.

LECCION INFANTIL.

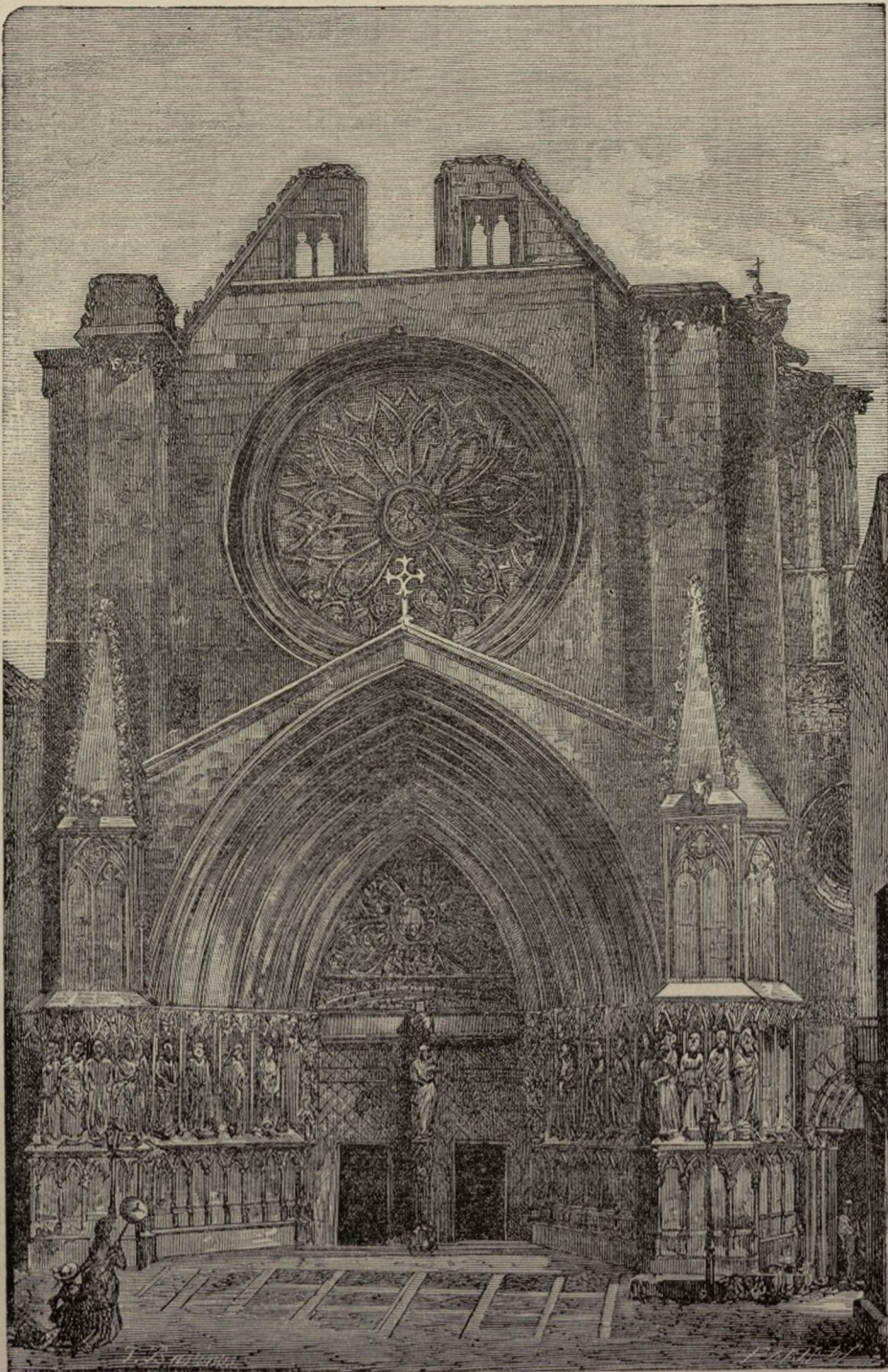
—¡Papá, papá! decia
La tierna Rosa, del jardin volviendo;
La jaula que guardaste el otro dia
No seguirá vacía,
Porque he logrado el nido que estás viendo.
¡Mira qué pajaritos tan pintados!
En esa jaula les pondré su nido:
Prodigaré solícitos cuidados
A los que aprisionar he conseguido,
Y les daré en constantes ocasiones
Migas de pan, alpiste y cañamones.
Luégo la jaula pintaré por fuera
Y mandaré que doren su alambra...
Pero ¿en qué estás pensando?
¿No me escuchas, papá? ¡Te estoy hablando!...
—Sí, querida hija mía;

Pensaba al escuchar esa querella
Que en la cárcel me han dicho que hay vacía
Una celda muy bella...
Y que te pienso trasladar á ella.
Como allí el reglamento es algo fuerte,
Ni tu mamá ni yo podremos verte;
Pero te mandaremos cien brocados
Que aumenten tu hermosura,
Y haré dorar cerrojos y candados
Y de bronce pondré la cerradura.
Pero... ¡cómo!... ¿Llorando estás por eso?
—Ya no lloro, papá; te he comprendido...
Corro á llevar al árbol este nido
Y... vuelvo por un beso.

CÁRLOS OSSORIO Y GALLARDO.



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.



CATEDRAL DE TARRAGONA.

LOS TRES REINOS.

De los seres que existen en la tierra, los unos se conservan en el mismo estado en que los produjo la naturaleza, segun las leyes establecidas por el Autor del Universo; los otros han sido modificados en su forma por el hombre, el rey del planeta que habitamos. Llámense los primeros seres naturales; objetos artificiales los segundos. No puede el hombre crear un solo átomo de materia; tan sólo dar á los objetos naturales formas artísticas, formas bellas ó formas destinadas á hacerles aptos para satisfacer las humanas necesidades.

Han dividido los sabios los objetos naturales en tres grandes reinos: el mineral, el vegetal y el animal, y de origen animal, vegetal ó mineral es todo objeto material, ó bien un conjunto de partes procedentes de dos ó de los tres reinos indicados.

Los minerales, seres inertes é insensibles, sin otras propiedades que las generales de la materia, constituyen el edificio de nuestro globo y los empleamos en las construcciones, en los instrumentos y herramientas de trabajo, en la moneda, signo de los valores, siendo tambien muchos de ellos, ó sus combinaciones artificiales, preciados medicamentos.

Los vegetales, dotados ya de vida, aunque insensibles, son como la abundosa cabellera de nuestro planeta; maravilloso adorno de su superficie, purifican la atmósfera viciada por la respiracion y la combustion, devolviendo á aquella el oxígeno ó aire vital. Sus frutos, sus hojas, sus raíces mismas ali-

mentan al hombre y á los irracionales; su madera sirve para la construccion de edificios y de muebles; de muchas plantas se extraen sustancias medicinales que devuelven la salud al enfermo; de las fibras de otras se fabrican tejidos para vestirnos.

Los animales, seres vivos y sensibles que se mueven con actividad propia, prestan tambien importantísimos servicios al hombre. Compañeros fieles los unos, ayúdanle otros á llevar pesadas cargas ó á los trabajos agrícolas; sus carnes sirven de alimento, sus pieles y lanas de vestido, y hasta alados insectos pequeñísimos fabrican dulce manjar á la vez que amarilla cera que disipa, al arder, las tinieblas, y gusanos, á primera vista repugnantes, hilan el capullo de la lujosa seda.

Cuanto mayor es la sabiduría del hombre, sus obras son más perfectas y útiles á sus semejantes. Sólo el necio malgasta el tiempo en lo nimio é inútil.

Luego el Sér, que es la sabiduría infinita, nada ha podido crear que huela en la creacion. Todo tiene su fin y es rueda necesaria en el maravilloso mecanismo de los mundos.

Niños, fijáos bien en esto: no destruyais ningun sér por sólo el placer de destruirlo, porque contrariáis el plan trazado por Dios, y al hacerlo obráis el mal; porque el bien, realizado por el hombre, consiste en encaminar todas sus acciones al fin humano en la tierra y no impedir que los demás seres cumplan con sus fines propios.

LUIS RAMIREZ Y LA GUARDIA.

Á MI HIJO GONZALO.

Hijo mío, dulce encanto,
 Delicia de mi existencia,
 De tu Madre dicha y gloria,
 De castos amores prenda,
 ¡Cuál tu cándida sonrisa,
 Espejo de tu inocencia,
 De esa inocencia que sólo
 Dios á los Niños reserva;
 Cuál tus pasos vacilantes,
 Cuál tus palabras, que empiezan
 Á dar señal evidente
 De que retienes y observas;
 Y de tus brillantes ojos
 La mirada, que revela
 Cómo en tí se desarrolla
 Y aviva la inteligencia,
 Halagan el pecho mío
 Y más mi cariño empeñan,
 Y el que á tus Abuelos debo
 Hacen que entero comprenda!
 ¿Qué más grata melodía
 Que aquella que me embelesa
 Cuando de tu Madre el nombre
 Ó el mío en tu boca suena,
 En esa tu pura boca
 Que cual otras tantas perlas
 Esmaltan dientes de nácar
 Y corales al par cierran?
 ¿Ni qué gozo es comparable
 Al que mi sér enagena
 Y desdeñar de un Monarca
 Privanza y favor me hiciera,
 Cuando en mis manos cojiendo
 Tu blanca frente serena,
 Donde nunca el mal osará
 Estampar su impura huella,
 Imprimo en ella mis labios,
 Y tú, en amorosa muestra
 De tu afecto y tu dulzura,
 Blandas frases balbuceas,
 Y reclinando en mi pecho
 Tu idolatrada cabeza
 Con entrambas manecitas
 Mi cuello enlazas y estrechas?
 Me encanta el alegre acento
 Con que tu júbilo expresas,
 Y ver que jamás á nadie
 Extrañeza manifiestas,

Y cómo, cuando una cosa
 Admiras por vez primera,
 Hacer á todos partícipes
 De tu admiración intentas.
 Me encanta la confianza
 Con que al descanso te entregas,
 Y la expresión que dormido
 Tu bello semblante muestra,
 Pues parece que tu mente
 Con los Querubines sueña,
 Y á tus hermanos los Ángeles
 Allá en los Cielos contemplas.
 Y la verdad me enamora
 Que en tus actos se refleja,
 Y ver que tus impresiones
 Nada oscurece ni vela.
 Que lloras cuando te afliges,
 Y ríes cuando te alegras,
 Rechazas lo que no quieres,
 Y pides lo que deséas.
 Y que el peligro ignorando
 Que amenazarte pudiera
 Á no estar tan vigilantes
 Los que siempre te rodean,
 Y mostrando los hoyuelos
 Que tus mejillas ostentan
 Á impulsos de blanda risa,
 Sólo en tí no picaresca,
 En júbilo rebosando
 Cien travesuras idéas,
 Y nada de tí seguro
 Á tu alcance ya se encuentra.
 —
 Á veces, cuando contemplo
 Cuán gozoso jugueteas,
 Y cuál así de mi alma
 La dicha toda completas,
 Quisiera que eternamente
 Tu edad prolongada fuera,
 Y jamás de otras mayores
 Los peligros conocieras.
 Mas otras veces, las ménos,
 Ya crecido te quisiera,
 Y que, mostrándote digno
 De tu nombre y tu ascendencia,
 Del gran Gonzalo emulabas
 Las inmortales proezas,
 Do quier triunfantes alzando
 De la Pátria las Banderas.

Mas ¡ay! que sea cual fuere
Mi deséo, despues de ésta
Vendrá otra edad, y vendrán
Desengaños mil con ella!

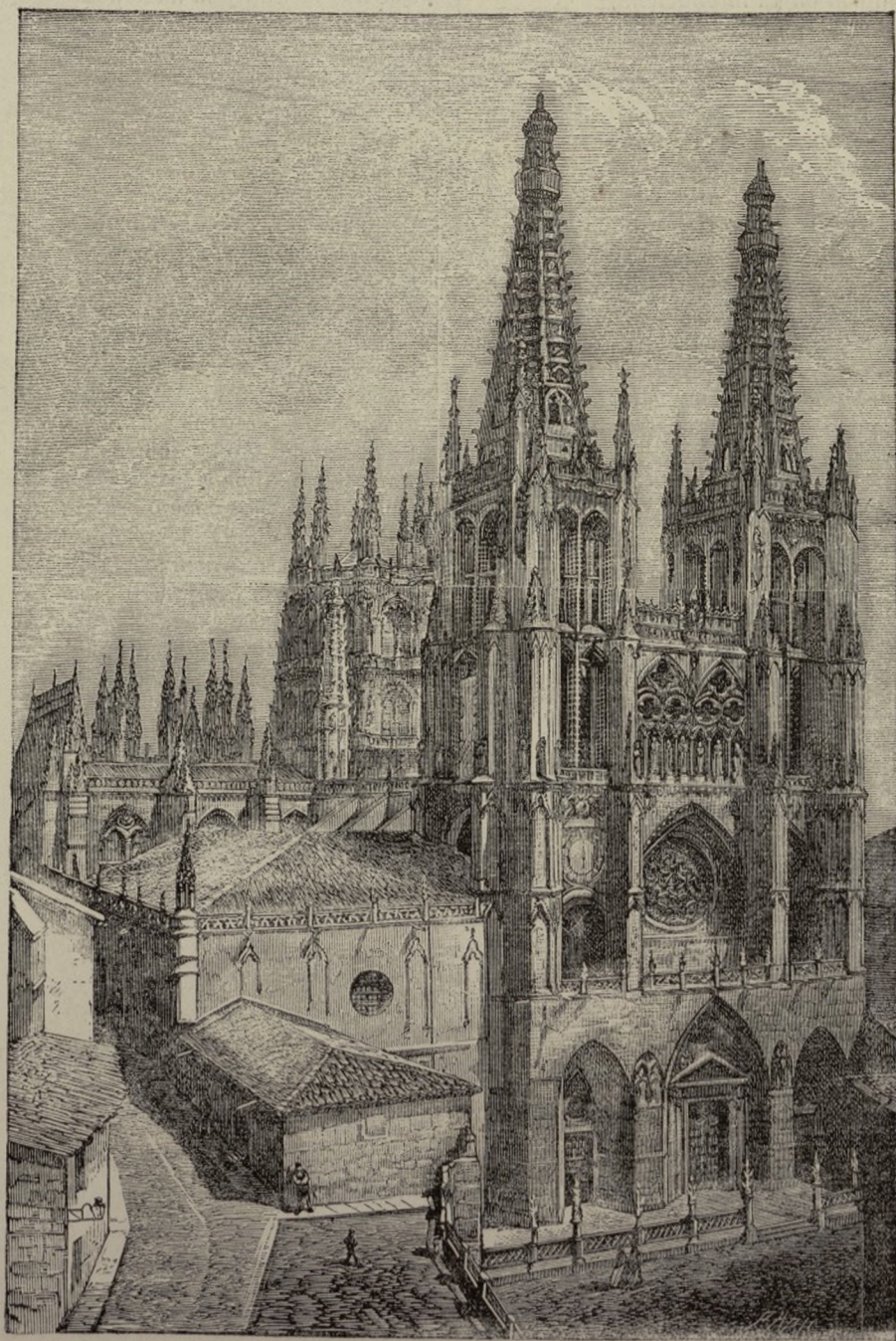
Entónces, dulce Hijo mío,
Ojalá Dios me conceda
Al lado tuyo encontrarme
Y guiar tu inexperiencia,



CATEDRAL DE TOLEDO.

Que á veces un acto solo
De juvenil ligereza
Daños sin cuento, y profundos
Pesares tras sí acarréa.

En tanto, así que tu Madre
En tu corazon de cera,
Con la Fé y el Sentimiento
Grabe verdades eternas,



CATEDRAL DE BÚRGOS.

Dado me sea imprimirlas
Tambien en tu inteligencia,
A tu razon demostrando
Lo que ya tu pecho sienta.

Que una Religion tan sólo
Es sagrada y verdadera:

La que á todos los Humanos
Hermanos hizo en la Tierra,

Borrando con su palabra
De la Esclavitud la afrenta,
Y á la Mujer transformando
De Sierva en Esposa tierna.

La que al rico, al poderoso
Santa Caridad ordena,
Y al pobre, al enfermo, al triste
Otro Mundo mejor muestra:

La que en los Cláustros salvára
El tesoro de las Letras,
Y del Godo á la barbárie
Fué insuperable barrera:

La que á Reyes y á Naciones
Siempre habló con entereza,
Y condenó la Anarquía,
Y tambien condenó al Déspota:

La que ciñe la Tiara
Al que último fué en su Aldéa,
Si en él la llama fulgura
De Santidad y de Ciencia.

La que, en fin, guiando al Hombre
Por hacerlo bueno empieza,
Y espera así confiada
Que la Sociedad lo sea.

Y al propio tiempo inculcarte
Que dar la vida y la hacienda
Por el Rey y por la Pátria
Siempre de honrados fué empresa,
Como en tu mismo linage
Altos ejemplos lo prueban
Que algun día en tu memoria
Dejarán profunda huella.

Y que la regla segura
De hacer el bien en la Tierra
Y vivir despues por siempre
En las Mansiones Etéreas,

Es amar primero á AQUEL
Cuya Omnipotente Diestra
Produjo, con querer sólo,
Desde el Insecto á la Esfera,

Y hacer ó nó á tus hermanos
Lo que anheles ó no quieras
Para tí, ¡máxima santa,
Que sólo un Dios concibiera!

Él, Hijo, te haga dichoso,
Y ese candor que demuestras,
Y la expresion con que al Cielo
Tus bellos ojos elevas,

Cuando, al preguntar tu Madre,
Donde Dios está, contestas
Con mirada que parece
Que Dios á tí se revela,

De tu honor y tus virtudes
Seguros preságios sean.
¡Bendito mil veces, Hijo!
¡Bendito mil veces seas!

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE AFODACA.

LOS HERMANOS.

En la industrial Barcelona vivia hace pocos años un doctor en ciencias que, dedicado desde muy jóven á los estudios físicos y habiendo progresado rápidamente por su constancia, talento y aplicacion, consiguió ser nombrado catedrático de la Universidad de Sevilla, donde se hizo querer y respetar de todos sus compañeros del claustro y de la mayor parte de sus alumnos.

Bajo el poético cielo de aquella hermosa poblacion contrajo matrimonio,

y vió realizada su dicha por completo con tres hijos que el Supremo Creador le otorgó con su infinita bondad.

Cada uno de los hermanos distinguíase por distintas inclinaciones, pues mientras Federico era muy obediente y aplicado, Gonzalo no podia ver los libros, y su carácter discolo le hacía muy retraido. Virginia, á pesar de ser la más pequeña, sobresalia por su juicio y graciosas ocurrencias. Algunos años despues de haber obtenido la cá-

tedra el padre, murió un tío suyo que, favorecido por la suerte, había llegado á ser uno de los más ricos y conocidos entre los fabricantes de tejidos de Cataluña. En su testamento declaraba heredero á su querido sobrino, único individuo de su familia, con la cláusula de que dejara su cargo literario y se pusiese al frente de la fábrica.

Triste fué, por dos conceptos, la muerte de D. Antonio para el ilustrado profesor, pues con él y bajo su cariñosa tutela estuvo desde el fallecimiento de su buen padre, á la vez que lamentaba con toda su alma tener que abandonar su clase, donde tanto gozaba explicando una asignatura que poseía como pocos. No obstante, como su posición material mejoraba con el cambio y dejaría al morir una fortuna considerable á sus hijos, se decidió á marchar á Barcelona, siendo sentida por todos sus amigos tan repentina resolución.

Como era hombre de carácter bondadoso y su palabra atraía cual poderoso imán, pronto se hizo conocido y fué considerado en la fábrica como superior á su tío.

Jamás el más pequeño disgusto vino á alterar la paz que en su casa reinaba. Era un edificio suntuoso y de los mejores de la Rambla, que descollaba por su limpia fachada y relucientes cristales. Situada la fábrica en uno de los ángulos, estaban los otros destinados á las oficinas, almacenes y dependencias. En la parte principal las salas destinadas á servir de morada á los dueños brillaban por su lujo y riqueza.

El buen padre dedicábase á dar lecciones instructivas á sus hijos en los ratos de descanso, enseñándoles máxi-

mas utilísimas, reglas de moral, y sobre todo les explicaba con gran interés los fenómenos del magnetismo, los sistemas y teorías referentes á la electricidad y sus aplicaciones inmediatas en la vida. Federico no separó nunca la vista del que, habiéndole dado el sér, iluminaba entónces su inteligencia con la divina antorcha de la verdadera ciencia, para que, trascurriendo el tiempo, llegase á ser un digno sucesor suyo. Gonzalo, por el contrario, escuchaba como quien oye llover las palabras de su padre; jamás puso atención á ninguna de tantas cosas curiosas como brotaban de sus labios, y algunas veces fué reprendido, y aun castigado, por su indiferencia y poco juicio. Virginia sufría extraordinariamente con el carácter del menor de sus hermanos, pues no comprendía cómo no se fijaba en las lecciones de su padre, cuando ella, á pesar de ser una niña, gozaba oyéndole más que con todos sus juegos.

Después de dar la lección, bajaban al hermoso jardín de la casa para divertirse con otros varios amiguitos que acudían allí todas las tardes. Una de ellas se pusieron á jugar al escondite, y habiéndose levantado un fuerte viento y encapotado el cielo, su mamá les mandó que abandonasen aquel sitio, porque se preparaba una tormenta y era peligroso permanecer en tan delicioso paraje. Obedientes los niños al mandato, subieron inmediatamente al cuarto de Federico, donde se pusieron á ver una preciosa colección de sellos. A los pocos minutos estalló una terrible tempestad que atemorizó á todos los niños, que quedaron sumidos en el mayor silencio. De pronto un grito de Virginia asustó á sus compañeros; Gonzalo no estaba en el cuarto: sin duda

se encontraba en el jardín haciendo alguna diablura de las que acostumbraba.

Inmediatamente bajó á él Federico, seguido del mayordomo de la casa, y despues de cruzarlo casi todo encontraron á Gonzalo tendido al pié de un árbol de los más próximos á la tapia. Mas ¡cuán grande no sería la sorpresa de ambos al contemplar horrorizados que el cuerpo del niño estaba exánime! ¡Qué dolor tan intenso no experimentaría el buen Federico al ver que su adorado hermano habia muerto por haberle sorprendido la tormenta en la copa del árbol cogiendo un nido de pajarillos, y cual castigo providencial una exhalacion le privó de la vida!

No es posible describir el cuadro desgarrador que en la familia produjo tan horrible desgracia.

La madre del infeliz niño tuvo una larga enfermedad, y á todas horas lloraba la muerte desastrosa del hijo de sus entrañas. ¿Y cómo no habia de verter lágrimas si, por lo mismo que era el más discolo y desobediente, le adoraba más, porque comprendia que cuando faltasen sus padres habia de ser el más desgraciado de toda la fa-

milia? ¡No se engañaba! ¡Los presentimientos de las madres son casi siempre avisos del cielo!

El padre, cuando pasaron los primeros momentos de amargura, reunió á sus hijos y á todos los amiguitos suyos, y les dijo con sentida entonacion:

— Seguramente recordareis cómo murió mi adorado Gonzalo, victima de su desobediencia y travesura.

Todos los niños, con sus cabecitas bajas, empezaron á llorar.

— Veo que le habeis sentido, y yo lo agradezco; pero hoy que nos volvemos á ver juntos, mi objeto es daros una leccion que espero no olvidareis nunca: todo aquel que de niño es desobediente y desaplicado, y que cuando hombre no profesa un entrañable amor á la ciencia, no consigue alcanzar ni la dicha en el mundo ni la gloria en el cielo.

Tan sabio consejo se grabó en la mente de todos, y siguiéndolo han conseguido puestos elevados y honrosos en la sociedad.

¡Seguidlo tambien, mis queridos lectores, para que seais respetados en la vida y llorados en la tumba!

RAFAEL ABELLAN Y ANTA.

EL ESTUDIANTE Y EL ZAPATERO.

Una lluviosa mañana de esas con que el melancólico y aterido invierno obsequia á los que en este miserable mundo habitan, cabizbajo caminaba por las estrechas y tortuosas calles de la imperial Toledo un estudiante *de la sopa*.

Un sarcasmo de zapatos, permitasen la frase, cubria parte de sus piés,

sin impedir que los dedos rozasen con las puntas de puñales, vulgo guijarros, que formaban el pavimento.

De pronto, como inspirado de una súbita idea, levanta la abatida cabeza, abre la vidriera de una modesta zapatería, y entabla con el zapatero el siguiente diálogo:

— Buenos dias, maestro.

—Buenos los dé Dios á Vd.

—¿Quereis hacerme un par de zapatos? Ya veis cómo vengo.

—¿Por qué no?... ¡Derrotadillos están los que llevais!...

—Ea, pues, á tomar la medida.

Y practicada la indispensable operacion, dijo al estudiante el zapatero cuándo estaria terminada la obra: el estudiante volvió puntualmente, probó los zapatos, le agradaron, y dispuesto á retirarse, con el desembarazo y la gracia propios de su clase, dijo:

—Mil gracias, maestro; están perfectamente, y os los pagaré.... cuando sea arzobispo de Toledo.

—¡Largo va!—dijo sonriendo el zapatero.—Pero... id en buen hora y no los pagueis, que todo es hacer caridad, y cada uno debe hacerla del modo que pueda.

—¡Oh! No lo perdereis: lo dicho, dicho; hasta que sea arzobispo de Toledo.

Y trascurrieron más de veinte años, y ni el zapatero se acordaba del estudiante ni de los zapatos, hasta que un día se le presentó un canónigo y le invitó á que le siguiese, porque el arzobispo le llamaba.

El pobre viejo, que ya lo era bastante, se presentó temblando, y al verle el arzobispo exclamó:

—¡Oh, venerable anciano, y qué contento me da Dios, nuestro Señor, al permitir que vuelva yo á veros! ¿No os acordais de mí?

—Yo... señor eminentísimo... no...

—Debíais conocerme, porque os debo un par de zapatos, que ofrecí pagaros cuando yo fuese arzobispo de Toledo; lo soy, y quiero cumplir con vos.

—Señor... ¡es posible!

—Ea, pues, tomad el precio de los zapatos.—Y dióle en un bolsillo de seda seis mil reales en oro, y añadió:—Estais satisfecho; pero yo no, hasta que me pidais una gracia, que desde ahora concedo si en mi mano estuviese: si no iré á Madrid á implorarla del rey.

—Eminentísimo señor, estoy más que recompensado con esta cantidad. Solamente os suplico en favor de mis dos hijas, que al morir yo, y no podrá tardar, quedarán abandonadas.

—No temais por ellas, que pronto vereis su porvenir asegurado.

*
*
*

Y, en efecto, fué así.

Aquel gran prelado y célebre arzobispo fundó y dotó en Toledo, con el predicho motivo, el Colegio de doncellas nobles, que todavía afortunadamente existe, y las dos hijas del zapatero, á quien ennobleció el rey por influjo del arzobispo, fueron las primeras colegialas.

Esto no es una conseja; es un hecho histórico. El pobre estudiante fué despues el cardenal Martinez de Siliceo.

En todos tiempos, más pronto ó más tarde, se abrió paso el verdadero talento.



HAZ BIEN, Y NO MIRES Á QUIÉN.

I.

Era el amanecer de un día hermoso y apacible de primavera: hacía el Oriente notábase ya el débil resplandor que coloreaba el cielo de amarillo anaranjado y brillante, y daba á las montañas un tono dulce vivo, mezcla de azul y carmin, anuncios todos de que el sol no tardaría en coronarlas con el esplendor de sus rayos.

Sin embargo, aún en lo más alto de los cielos veíase alguna que otra estrella que vibraba centelleante en medio de la bóveda azul.

A esta hora, pues, que decimos, por la parte Norte de la ciudad de***, y á buen paso, cabalgaba Ricardo Sanchez-Velez, jóven de unos veinticinco años no cumplidos: iba embozado hasta los ojos en su larga capa, y bien calado hasta las orejas el sombrero hongo de anchas alas.

El potro en que montaba, de color negro, delgado de pierna, bien hecho, airoso y vivo en sus movimientos, no necesitaba le espoleasen, porque, además de que era de genio inquieto, parecía conocer que su amo confiaba mucho en la ligereza de sus piernas para librarse del peligro que corría en aquellos momentos.

Así fué como en muy poco tiempo subió la costanera montaña por donde iba, que tenía más de media legua de camino pedregoso y pendiente.

En cuanto Ricardo se vió en la cima de aquella escarpada montaña, obligó al potro á contener sus brios y acortar el paso, y volviéndose sobre la grupa, descubrió el embozo y miró á lo largo

del camino que habia recorrido. Distinguió luego dos ginetes que comenzaban también á subir la cuesta, en los cuales notábase el color blanco de la cinta que rodeaba el tricornio, que como distintivo usaban, y aún á veces veíase brillar el limpio acero de sus sables. Volvió á embozarse, aseguróse bien en los estribos, y en seguida animó á su potro y salió á escape por la llanura que estaba al frente de él.

Anduvo así más de dos horas: después miró hacía atrás, y á pesar de que alcanzaba mucho terreno con la vista, no vió á nadie y continuó caminando al paso, dando así un respiro á su noble cabalgadura, que sudaba y jadeaba cubierta toda ella de blanca espuma.

—Por esta vez les he ganado la delantera—dijo hablando consigo mismo.—Les llevo seguramente una legua de ventaja, y muy aciaga ha de ser mi suerte para que logren alcanzarme. Buego será, sin embargo, variar de dirección, dejando á un lado este camino y tomando otro más agreste y ménos frecuentado.

Hízolo como lo habia dicho, y fué internando en lo más hondo y áspero de la montaña, huyendo de pasar por los lugares que se distinguían á lo lejos. Tomó, pues, por una estrecha senda que conducía á un bosque poblado de robles y castaños, la mayor parte seculares.

Aunque Ricardo caminaba más despacio, hasta el punto de abandonar las riendas del potro, no llevaba el ánimo muy tranquilo; cabizbajo y pensativo, iba cavilando profundamente sobre su

suerte aciaga y los peligros que corría...

No pasaba, como ya hemos dicho, de los veinticinco años: su rostro era agradable y simpático, y su mirada, aunque dulce y cariñosa, tenía cierta viveza y energía que revelaba un espíritu inquieto, enérgico y emprendedor. Traía toda la barba, que era muy poblada y negra; el color de su rostro algo moreno, y alegre y franca sonrisa dibujábase siempre en sus labios: notábanse, sin embargo, algunas arrugas prematuras, mucho más marcadas en la frente que en el resto del semblante.

En aquellos momentos parecía que las arrugas se habían agrandado y marcado de una manera rápida y extraordinaria; lo cierto es que su rostro presentaba un aspecto sombrío y amenazador. Pensaba y decía el buen Ricardo, hablando á sus solas y en alta

voz, en medio de la soledad por donde iba:

—¿Quién sería el traidor que dió aviso y descubrió nuestros planes? ¡Infame! Sin este contratiempo hubiéramos triunfado: sí, no cabe duda, la revolución estaba bien preparada; y si hay alguna revolución que pueda llamarse *legítima*, lo era seguramente, en esta ocasión, la que nosotros intentábamos. A estas horas yo habría sido proclamado, vitoreado y aplaudido como el libertador del pueblo, y he aquí que en cambio me veo perseguido y huyendo por estas montañas, expuesto á caer en poder de mis enemigos, que me mandarían fusilar sin piedad... ¡Qué afligidas no estarán mi madre querida y la esposa de mi corazón!... Este recuerdo me contrista...

(Se continuará.)

R. SEGADE CAMPOAMOR.

ACTUALIDADES.

El viernes 21 debutaron en el favorecido Circo-Hipódromo, con extraordinario éxito, Mlle. Wilson y el clown Clemens; la primera, que reúne belleza y elegancia, ejecutó difíciles ejercicios sobre el *paneau*, llamando la atención, entre ellos, el salto del *túnel*. Del referido clown sólo podemos decir que es una notabilidad en sus ejercicios de dislocación y en sus saltos de nuca. Los aplausos prodigados á ambos artistas fueron justos y repetidos. Los clowns Hurlines, el quinteto de cristal y los demás artistas que componen la excelente compañía que funciona en dicho coliseo, alcanzan todas las noches nuevos plácemes por sus arriesgados y difíciles ejercicios.

*
* *

En los Jardines del Retiro se estrenó noches pasadas la comedia en dos actos y

cuatro cuadros *Adios, mundo amargo*; el libro abundante en chistes y la música en extremo agradable, proporcionaron á los espectadores la ocasión de prodigar sus aplausos, tanto á los actores que la desempeñaron, como á los Sres. Jakson, Rubio y Espino, autores, el primero del libro, y los segundos de la música. Las decoraciones, del Sr. Muriel, son de buen efecto y gusto.

La concurrencia en dichos Jardines los martes y viernes, días de conciertos, es tan escogida como numerosa, y la Sociedad, bajo la acertada dirección del maestro Caballero, ejecuta con notable acierto obras tanto del repertorio clásico como del contemporáneo.

*
* *

La comedia de gran espectáculo *Las mil y una noches* sigue proporcionando al acti-

vo y espléndido empresario del Circo del Príncipe Alfonso pingües resultados. El público hace justicia con sus aplausos al gusto con que dicha obra ha sido puesta en escena.

*
* *

El Sr. Marqués de Campo se ha suscrito por 500 rs. mensuales para las atenciones de la Sociedad protectora de los Niños.

*
* *

Los exámenes de la escuela de párvulos del Hospicio, verificados últimamente, han puesto de manifiesto los adelantos de los

mismos y el desvelo de su profesor el señor Macías. En el reparto de premios recitaron algunos de los niños lindas poesías.

*
* *

La preciosa coleccion de los *Episodios Nacionales* del Sr. Perez Galdós, que publica la empresa editorial de *La Guirnalda*, ha repartido ya hasta la entrega 112, cuaderno 28, habiendo comenzado recientemente el episodio *Napoleon en Chamar-tin*, ilustrado hábilmente por el lápiz del Sr. Lizcano.



En constante porfía
Están siempre la buena Doña Juana
Y su niña Sofía.
Ésta, desde que empieza la mañana,
No hace más que ensuciarse,
Sin querer que la laven ni lavarse;
Y su madre, modelo de limpieza
Y pulcritud, sea dicho sin lisonja,
Remedia de la niña la torpeza
Con agua, con jabon y con esponja.
Antes que pueda más dolor causarte,
Ríndete, niña, al maternal mandato,
Porque si insistes siempre en ensuciarte,
¡Vas á tener esponja para rato!